

ENVIAJE

Nº 464

SANTIAGO - CHILE

1972

Eº 15,00



Dos aspectos del Parque B. O'Higgins
(Fotocolores; Ricardo Kelly)

"SELVA LIRICA"
mensaje literario
de dura 60 años





Este es un tipo muy común de vivienda lacustre en

CHILOE para todos

Por GUSTAVO LABARCA GARAT

el hombre y las islas

En el orden geográfico, las islas son, con relación a la estructura terrestre, lo que un miembro amputado con relación a la estructura humana.

*Pero esas secciones geológicas fracturadas por el mar siguen vi-
viendo una existencia propia, de orgullosa soledad. Ejercen atracción
magnética sobre los mundos continentales. Los geógrafos han estudia-
do particularmente la naturaleza, el origen y la clasificación de las
islas. Bastaría citar Patmos, Elba, Santa Elena, Juan Fernández, para
comprender, además, la significación histórica y literaria de las islas.
El prestigio de su lejanía les ha impreso sello legendario como epi-
centros de hazañas, tesoros, piraterías, amores. Los encantos que su-
gieren y el misterio que se les atribuye, bien podrían sustituir la defi-
nición clásica por ésta: isla es una porción de tierra rodeada de agua
y de fantasía.*

*La Colección "Nosotros los Chilenos" Editorial Quimantú, en un
cuaderno rectangular, bien ilustrado, valioso y barato, nos revela ju-
stamente el secreto de algunas islas chilenas: las de Chiloé. Su autor,
Nicasio Tangol, con sencilla gracia de narrador, cumple la misión de
dilucidar para el gran público —el tiraje es de 30.000 ejemplares— el
vasto complejo histórico, geográfico, etnográfico, mitológico, psicológi-
co y socio-económico del Archipiélago nacido con el nombre de Chiloé
y al que Tangol agrega un apellido que seguramente ratificarán —al
estudiarlo— sus lectores: Mágico...*

conquistar el cielo

Tenía que ser muy ardiente el afán de gloria y la codicia de los españoles, si es que no estaban animados de otros sentimientos, para sufrir climas despiadados, avanzar entre peñascos, correr el riesgo de naufragar en los pantanos y acometer contra fortalezas de zarzas, breñas y espesura de frondas.

Del corazón de las breñas o del hueco de las piedras surgían, cual maleficios, otros enemigos, animados pero, según se creía, sin alma. Los araucanos no recibían

al conquistador con los brazos abiertos ni fácilmente deslumbrados por sus abalorios. A la épica intrusidad, oponían implacable fiereza.

Por eso es grande la alegría de los expedicionarios cuando, al trasponer el Canal de Chacao, encuentran un territorio plácido, brisas benignas, paisajes amenos. Y, sobre todo, gentes amables, espíritus conciliadores que, por primera vez, los trataban no como a invasores sino como a visitantes.

Ercilla, insigne periodista de la proeza extremeña, no disimula el entusiasmo que

alentó a las huestes de que él formaba parte, en presencia de hallazgo tan sorprendente. Los epítetos descriptivos que emplea, dan idea bien gráfica de las penosas condiciones que, hasta ese momento, soportaban. El enfermo, el herido, el estropeado, —dice— el cojo, el manco, el débil, el tullido, el desnudo, el descalzo, el desgarrado, el desmayado, el flaco, el dehambrido, quedó sano, gallardo y alentado.

Según la crónica poética de Ercilla, se sintieron inspirados de nuevo esfuerzo y valor. Revivió, también, la ambición insaciable que los guiaba. Les parecía "poco todo el suelo". Y, en tal estado de euforia, consideraban fácil "conquistar el cielo".

El aspecto que presentaban las islas chilotas era semejante al que debió tener la Tierra al día siguiente de la Creación. O, quien sabe, si un poco después, cuando Jehová expropió el Paraíso mal aprovechado por nuestros primeros padres y que, ensombrecido por el pecado, conservaba, no obstante, prodigios intactos y esquivos de verdor y exuberancia.

De esa manera, ingresa Chiloé, allá por 1558, a su primera etapa de desarrollo. Tenía carácter diferente, idiosincrasia personal. La filuda civilización hispánica se encauzaba en la "Vía Chilota". O sea, en vestigios de otras civilizaciones llegadas no se sabe cuándo, de dónde ni a través de qué ocultos senderos. Poseía Chiloé numerosos conocimientos de navegación, agricultura y organización social, inexistentes en las tribus de Arauco.

El libro de Tangol se embarca mares adentro de la pre-historia y de la historia. Una y otra ocupan las 77 páginas del primer capítulo. Hay una dilatada sucesión de episodios, casi todos interesados, abun-

dan los nombres de capitanes y de gobernadores, casi todos útiles. Junto a esas informaciones se deslizan muchas otras de sabor íntimo, modos de vivienda, modas del vestuario, medios de comunicación, maneras de alimentarse y muchos de aquellos detalles que hacen entretenida la Historia de Chile por don Pancho Encina.

nómades flotantes

La curiosidad del lector se detiene en algunas interrogaciones de Tangol acerca de la procedencia racial de los chilotos. Un historiador, oriundo de esas islas, Pedro J. Barrientos, afirma que descienden de indígenas chilenos y que los "huilliches", hombres del sur en idioma araucano, son los originarios de la región. Tangol no le cree a Barrientos. Se inclina, más bien, a favor de otras opiniones, la de Narciso García, por ejemplo, que señala, como asunto comprobado, la afluencia de corrientes migratorias que residieron temporalmente en el norte del Canal de Chacao y de allí fueron desalojadas por los "huilliches". Otra conjetura de mirada brillante y fresca sonrisa es la eventual residencia en Chiloé de navegantes polinésicos que habrían determinado las principales características de sus pobladores.

Tangol piensa que los aborígenes chilotos tienen, de seguro, comunidad de origen con los chonos, alacalufes y yaganes ya que, a pesar de que hablaban idiomas distintos, sus rasgos antropológicos y sus costumbres son semejantes. "Desde luego —escribe Tangol— todos son nómades acuáticos, poseen una estatura similar y sus medios de subsistencia son los mismos, de preferencia los productos marinos... Siendo excelentes marinos, podían

frecuentar sus extensos dominios desde el Canal de Chacao al Canal Beagle, recorridos que aún ahora suelen hacer los loberos chilotos. Sabido es, también, que los alacalufes se trasladaban sin dificultad desde el golfo de Penas a la isla Navarino".

El presentimiento del autor, coincide con la sospecha del etnólogo Joseph Empereire para quien el género de vida chilote era muy semejante al de los alacalufes. Y con el juicio de Rodolfo Lenz que anota probables parentescos de los chilotos con los payos, los tehuelches del sur y los onas.

La fascinación de esta inquietud por conocer las fuentes de nuestro ser, es, sin duda, importante porque siempre va unida a la inquietud por descifrar nuestro verdadero destino, como si la una dependiera de la otra. Sin embargo, no es mucho lo que, en esta materia, avanzan los investigadores. Ya se trate de un pequeño reducto, de una nación, o de toda la especie humana, sólo en una cosa se ponen de acuerdo: en que no han logrado aclarar el enigma. Por el contrario, sus descubrimientos consisten en nuevas incógnitas, renovados motivos para seguir estudiando.

Por algo Lucrecio, aventurándose en semejantes encuestas, llegaba a las siguientes conclusiones: "Nada viene de nada" y "Ninguna cosa puede proceder de nada ni volver a la nada". Más categórico que el poeta latino, Harvey, precursor de la teoría de la evolución y de la ovulación, afirma: *Omne vivum ex ovo*: "Todo ser viviente procede de un huevo". Le responderíamos, una vez más, que eso es, exactamente, lo que se necesita saber: cuál fue y dónde fue depositado el famoso huevo...

nosotros los chilenos

Nuestro pueblo profesa amor apasionado a su tierra. "No hay otra que se le iguale...", dice. Y le canta como a una novia: "Chile, Chile lindo-lindo como el sol". Pero nuestro pueblo no conoce su tierra. Ignora esa belleza de que habla, fuera de la del rincón donde está. Ignora su potencialidad en general y las singularidades regionales. Carece de nociones sobre los atributos espirituales de su gente. No sabría explicar en qué se diferencian los pobladores del extremo norte de los del extremo sur. En consecuencia, no está en condiciones de formularse conceptos claros y cabales respecto al futuro de su largo y angosto territorio.

La campaña de divulgación que viene realizando Quimantú por medio de estos libros, es, por eso, plausible y de buenos augurios. Significa una eficaz contribución al conocimiento de Chile por los chilenos.

Mas, tomando como muestra el cuaderno de Nicasio Tangol, la enseñanza que se desea proporcionar resulta poco didáctica, bastante apresurada y desprovista de metas certeras.

Su documentación histórica es indiscutible. Llena, con ella, el 90 por ciento de las páginas del opúsculo. Falta, en cambio, absolutamente, la comunicación de su conocimiento visual del presente. Y el desempeño de seres vivos en el escenario actual de Chiloé. Nos cuenta, con apreciable erudición lo que fue el Archipiélago. Pero no lo que es. Nos entrega un Chiloé para todos. Pero no nos entrega a todo Chiloé.

Habría sido necesaria, a nuestro juicio, una visión completa de cuanto sobrevive, ahora, del pasado, de sus costumbres, de sus creencias, supersticiones, mitos, laberiosidad, trabajos, artesanías, recursos naturales, ingenio popular y de todo lo que confiere al relato palpitación de humanidad.

Faltaría decir que Chiloé, después de su fundación, había quedado al margen de la preocupación nacional. Que un terremoto, el de 1962, en vez de destruirlo como a otras ciudades, dio lugar a su construcción y a la planificación de su desarrollo. Que hay exceso de peces y escasean los pescadores. Que sobran las papas, mientras el centro y el norte del país no sabe dónde hallarlas. Que sus reservas madereras son fabulosas, variadas y finas. Su explotación solucionaría el problema habitacional de la zona sur. Y produciría divisas, además.

Así mirado, Chiloé puede causar sensación de armonía entre sus antiguas proezas, su organización de hoy, su grandeza porvenir, sus virtudes de siempre. Sincronización inalterable de poesía, realidad y vigor que, de veras, nos haría sentir el aliento mágico que sopla el Archipiélago.

Tangol debió darnos una imagen más perfilada de Chiloé. Quimantú debería darle al público, o al pueblo menos fuerte en literatura, una noticia mínima de quien es Tangol. Destinada a una gran masa, esta Colección, aquella echará de menos los pelos y señales de sus autores, chilenos también. Y tiene derecho, por último, a saber quiénes son los artífices del placer y provecho disfrutados. O si no, a quiénes reclamarle cuando ha sufrido una frustración.

Chilotes de Cahuache.

